

blo época de costumbres características, de instituciones, de sentido general de la vida, de psicología nacional ó de raza, etc. (Ranke, Waitz, Monod). Sin esta generalización, las obras de los más grandes historiadores resultarían imposibles. El procedimiento de Taine v. gr., en su admirable *Ancien régime*, no ha sido otro, ni es distinto el de las historias universales, el de las historias narrativas de la civilización, etc. Para otros, la generalización llega á poder determinar leyes de carácter histórico, es decir, expresivas de la tendencia ó dirección dominante ó constante en un grupo de hechos (los positivistas, Lacombe, Winter, Mortet, Van Houtte) (1), aunque no pueda elevarse á más amplios conceptos (sentido en que se hallan muchos eruditos alemanes modernos, entre ellos los ya citados Ranke, Waitz y sus sucesores). Otros van más allá, aceptando grados superiores de generalización, como Van Houtte en la que llama historiografía genética, causal ó científica (2), ó como Mortet, para quien

(1) V. sobre este concepto, las *Cuestiones preliminares de Historia del Derecho*, cap. I, 11. V. acerca de lo mismo, el artículo de Mortet, *Histoire en La Grande Encyclopédie* (tomo XX, págs. 122-443), donde se muestra el carácter genético de estas leyes y su naturaleza mudable. Sobre la identidad del conocimiento genético (histórico) y la ciencia, para los positivistas, v. Richard, (Ob. cit. *Introduction*, I).

(2) *Philosophie de l'histoire et sociologie*. (*Annales de Sociologie*), pág. 287 y sig. Es un resumen de discusión

después de la coordinación de los hechos en agrupaciones sintéticas (primer grupo), la Historia puede deducir leyes generales que resumen los rasgos comunes de varias series de hechos, y leyes superiores que expresan las relaciones regulares y permanentes, por las que se puede explicar el encadenamiento de los hechos observados (1).

Más allá de estos últimos grados, se entra en la Filosofía de la Historia, que tanto Van Houtte como Mortet incluyen en el campo de la ciencia histórica (2). La inclusión es, por lo menos, discutible, pues la Filosofía de la Historia (su mismo nombre lo está diciendo) caso de ser posible—muchos la niegan—será ciencia filosófica y, por tanto, su admisión no corresponde ya al problema que aquí se discute, que es ver si en la Historia,

en que intervinieron varios eclesiásticos: los PP. Vermeersch y Munnynck, los abates Cammerlynck y Deploige, etc., todos los cuales se muestran muy reservados en las conclusiones.—Los grados que Van Houtte admite son: erudición, historia descriptiva ó narrativa, historiografía genética, sociología dinámica y filosofía de la historia. La sociología dinámica, fué al cabo, separada de este cuadro por mayoría de opiniones.

(1) Art. citado de *La Grande Encyclopédie*, páginas 133-4, 142-3. En el mismo sentido, Dalla Volta, (artículo citado de la *Rev. d' Economie*), quien demuestra el absurdo que se seguiría de no reconocer la existencia de leyes históricas y cómo el descubrimiento de ellas constituye la característica científica de la investigación histórica moderna (págs. 127-128).

(2) Es «el último grado de abstracción de que son capaces los hechos sociales». (Van Houtte).

y sin salir de ella, cabe generalización y abstracción de los hechos individuales y hasta donde. Verdad es que el mismo concepto de la Filosofía de la Historia—aún admitida su posibilidad—está hoy muy vacilante (1), y complicado, además, con la identificación que entre él y el de la sociología establecen muchos autores, mientras otros se esfuerzan por distinguir ambos estudios (2); pero si se admite la formación sustantiva de aquella ciencia, es indudable que será dentro del campo de la Filosofía, y si se la reduce á cualquiera de los grados anteriores de generalización histórica, pierde toda importancia su consideración aparte.

Resulta, de todos modos, que la cuestión general que aquí nos ocupa no es tan clara ni puede considerarse tan fácil de resolver en absoluto que autorice á fundar conclusiones decisivas en una determinada solución de ella, para negar á la Historia el carácter científico. Mas bien se inclinan algunos autores á considerar que el resultado de las polémicas recientes (en particular, de aque-

(1) V. por lo que toca al campo católico, la discusión citada antes, en la que, naturalmente, se habló de Bossuet; y en punto á Herder, Hegel y otros filósofos, véase Bernheim, *Lehrbuch der historische Methode*, en cuyas opiniones se apoya Van Houtte.

(2) V. el conocido libro de Barth, *Die Philosophie der Geschichte als Sociologie* (1897), el folleto de Ward *Contemporary Sociology* (extractado por Posada, en *La Lectura*, Septiembre 1902) y la discusión citada de los *Annales de Sociologie*.

llas á que en Alemania dió motivo Lamprecht y á las que hemos aludido varias veces) no ha sido negar la posibilidad de las generalizaciones históricas, ni siquiera de las más abstractas, sino poner de relieve la insubsistencia de las que se han preconizado hasta ahora (todas demasiado absolutas), mostrar la complejidad del movimiento histórico y depurar el método para llegar á esas generalizaciones. (1)

Claro es que, frente á todos estos, se hallan los que como Croce afirman resueltamente que «no hay leyes históricas, sino tan sólo intuiciones ó hechos históricos» (2) ó los que, como Schnüner, sostienen que los historiadores propiamente dichos no deben preocuparse de las leyes históricas, pues su único objeto es trabajar empíricamente; aunque el mismo Schnüner haya contradicho luego esta doctrina al discutir las ideas de Lamprecht y filosofar sobre la división de la historia en periodos (3).

Conviene observar todavía otros dos hechos: uno es que, quienes niegan á la Historia la cualidad de ciencia por no serle posible generalizar ni inducir leyes, limitan su negación al campo

(1) V. Van Houtte, *Les resultats des récentes controverses sur la conception scientifique de l'histoire* (*Annales de Sociologie*, págs. 201-2 y 205-6).

(2) Art. citado, págs. 268.

(3) Apud Van Houtte, págs. 204-5.

propio y rigurosamente histórico, es decir, rechazan la posibilidad de esas generalizaciones para el historiador como tal, pero admiten que, sobre la base del conocimiento histórico, aunque fuera ya de la historia, se pueda generalizar, filosofar, etc. Tal es la posición de Croce (1) y también la de Ribera (2), que da lugar naturalmente á un problema nuevo.

El otro hecho á que aludimos es el de que son compatibles la negación de las leyes históricas y la afirmación de que la Historia es ciencia. Así se ve, por ejemplo, en Xénopol y en Langlois. Para Xénopol, resueltamente, «todo ensayo de formular leyes reales de desarrollo, leyes que reproduzcan el modo de manifestación de fenómenos sucesivos, ó leyes que los expliquen, no conducirá á resultado alguno,» y, sin embargo, no sólo admite para la Historia la cualidad de ciencia, sino que, como veremos, hace de ella un género

(1) «Admito solamente, de acuerdo con Labriola, que se puede filosofar á propósito de la historia, es decir, que se pueden aclarar, mediante procedimientos intelectuales, los conceptos que el historiador pone en acción (*met en œuvre*);... esta serie de aclaraciones no constituirá, sin embargo, un conjunto de doctrinas sistemático y original, sino que será un préstamo de las diversas ciencias filosóficas y naturales».—loc. cit. pág. 263.

(2) *Las ilusiones científicas de la historia* (Rev. de Aragón, Abril 1903), págs. 326-7, 328, 329). *Por los métodos es ciencia la historia* (idem, junio, págs. 509-10) y *¿Qué tiene de científico la historia?* (idem, Julio á Septiembre, págs. 67, 68, 73-4).

nuevo (1). Por su parte, Langlois niega también la existencia de leyes históricas; pero, ni escatima por esto la cualidad de ciencia á la Historia (antes bien, cree que así se afirma más), ni deja de reconocer que «la justaposición en varias líneas de los hechos rigurosamente verídicos», no es el último esfuerzo posible de la ciencia histórica (2).

La otra corriente advertida en quienes niegan que la Historia sea ciencia, es la de aquellos que creen imposible la verdad y la certeza en el conocimiento histórico. Nace esta creencia, ya del género de observación (indirecta, á través de testimonios) en que se afirma, no sin error, que consiste toda la Historia, ya del escepticismo referente á la veracidad é imparcialidad humanas que, de no existir, turbarían toda fuente de conocimientos relativos á la vida individual y social.

A lo primero parece que dan base las reservas que los más circunspectos investigadores cuidan de hacer en puño á la seguridad en los resultados de la investigación histórica y las dificultades de comprobación é interpretación con que el

(1) V. los trabajos citados en la Introducción, II, *Concepto de la historia* y, además, el art. *Etude critique sur une histoire universelle*. (*Année sociologique*, Año VI, 1902).

(2) Introducción, cap. citado.

investigador lucha á cada paso. Los peligros que tiene el uso de testimonios ajenos; la carencia de fuentes, en muchos casos; lo externo y débil del rastro que los más de los hechos dejan, colocan en una inferioridad grande al conocimiento histórico ó, por lo menos, le crean serie considerable de motivos de duda ó error (1). Pero si todo esto es cierto, no lo es menos que en manera alguna debe confundirse la dificultad y á veces, la relatividad del conocimiento histórico, con la imposibilidad de su certeza. En primer lugar, hay hechos que el investigador puede ver por sí mismo y que para él son materia de un conocimiento tan directo como para el naturalista el de un fenómeno observado. Además los restos históricos se presentan á nosotros muchas veces tal como fueron. Entonces producen también un conocimiento directo que no necesita pasar por el intermedio de otro conocedor, y sabida es la importancia enorme que los restos tienen para estudiar la historia del arte, de las costumbres etc., y la significación fundamental (no puramente estética) que el arte tiene en punto á la vida y á la psicología de los pueblos. Cierto es que como, al

(1) V. una exposición excelente de esta cuestión en la *Introduction aux études historiques* de Seignobos y Langlois, y más brevemente y en relación con lo que ahora discutimos, en el citado art. de Mortet, especialmente páginas 141-2. V. también Ribera, *Lo científico en la historia* (*Rev. de Aragón*, dic. 1903, págs. 369-70).

fin y al cabo, en todo conocimiento hay una interpretación subjetiva, el observador de hechos y de monumentos ha de contar con el error posible de su ecuación personal; pero esta no es una condición exclusiva del conocimiento de la historia humana, sino general á toda clase de conocimientos. También es necesario tener en cuenta que la perfección de los métodos de estudio y de la crítica histórica, permite hoy llegar á un grado de comprobación y de exactitud tan grande en muchos casos, como el de las ciencias físicas y naturales (1). Dejo aparte el argumento de que en Historia lo que importa sobre todo no es el detalle sino «los grandes hechos, los hechos decisivos ó fenómenos generales», cuya certidumbre no da lugar á dudas; por donde ha podido decirse que, en historia, «lo general es más cierto que lo particular». Basta, para nuestro objeto, reconocer que, en virtud de los métodos científicos modernos, no sólo es la Historia capaz de certeza plena (en relación con las fuentes disponibles, pues una cosa es certeza plena y otra certeza definitiva que ninguna ciencia puede glo-

(1) «Una vez cumplida la obra de la crítica filológica y arqueológica—dice Richard—el testimonio, según la lógica de Kant, adquiere la misma certeza que una observación directa. Y según esto, ¿acaso los fenómenos humanos no han de poder clasificarse y explicarse como los fenómenos de la Naturaleza, que no son menos contingentes y heterogéneos en sus condiciones que aquellos?» Loc. cit. pág. 370.

riarse de poseer) sino que es posible que conozcamos—y de hecho conocemos—la historia de pueblos antiguos, mucho mejor que la conocían los hombres que de esos pueblos formaban parte.

2.—El grupo de pensadores que reconocen sólo en parte la condición científica de la Historia, es muy numeroso. Realmente, cabe dividirlo en dos subgrupos: el de quienes encuentran en la historia ciertos elementos científicos, pero no todos los necesarios para que sea ciencia, plenamente; y el de los que, negando que hoy lo sea, admiten la posibilidad de que llegue á serlo. Entre estos últimos los hay de gran autoridad y nombradía, é importa caracterizar bien su posición, porque de ella suelen deducirse argumentos en contra de la formación científica de la Historia, aunque, en rigor, no autorizan para esto, y aún puede decirse que algunos de los autores citados han realizado esfuerzos más ó menos discutibles para establecer una teoría histórica científica. En este caso se halla Buckle, quien, no obstante haber escrito que «la Historia presenta ese aspecto de confusión y de anarquía natural en materia cuyas leyes son desconocidas y cuya base aún no se ha establecido», trató de buscar y creyó haber hallado esa base (1); Bourdeau, para quien «la historia

(1) V. *La enseñanza de la Historia* cap. III.

no será admitida al rango de ciencia sino cuando como ellas haya probado aptitud para constituir leyes»; Droysen, según el cual, «aunque los estudios históricos han tomado parte en el movimiento intelectual de nuestra época, la Historia no ha establecido aún su teoría y su sistema»; y como estos, otros muchos.

Entre los que forman el primer subgrupo, citaré dos autores cuya posición doctrinal ofrece en este caso, por razones diferentes, especial interés.

Hemos visto que Mortet afirma la posibilidad de la generalización histórica y de la certeza del conocimiento. Sin embargo, no se atreve á asegurar plenamente el carácter científico de la Historia en la actualidad. La considera más bien (como á todas las ciencias *morales*) en vías de formación y como muy relativa en muchos de sus resultados (1). En punto á las leyes que en ella pueden determinarse, después de establecer que son resultado de generalizaciones imperfectas; que son empíricas (es decir, que sólo se refieren á «las relaciones de concordancia comprobadas por la experiencia, verdaderas en los casos observados, pero que no pueden extenderse con seguridad á otros»), que son tan complejas que siempre «será muy difícil discernir las diver-

(1) Art. citado, págs. 126, 133 c, 141, 148 (diferencia entre las leyes históricas y las naturales).

sas influencias que concurren en un mismo hecho, y medir la parte que á cada una corresponde», y que «nunca se podrá reducir al puro determinismo el desarrollo de las sociedades», porque, «aparente ó real, la libertad humana jugará siempre en ese desarrollo un papel importante» (1), concluye reconociendo que lo único que se podrá determinar con exactitud en el movimiento histórico, es «las tendencias naturales de la evolución social, las direcciones generales que siguen, en su estado normal, las sociedades humanas... y los límites dentro de los cuales esas tendencias pueden variar bajo la influencia de las circunstancias particulares y de las voluntades individuales» (2).

Ribera, á pesar de sus afirmaciones rotundas, que ya hemos señalado, acaba por reconocer algo científico en la historia: la crítica, que permite al historiador certificarse de «la posibilidad y aún probabilidad de los hechos, estudiando las condiciones en que estos se verifican» (3);

(1) Mortet cae aquí en el mismo error que Xénopol, considerando como un defecto de la ciencia histórica no poder determinar las leyes del movimiento histórico en lo futuro.—V. *Introducción*, del presente libro, cap. II. Respecto de la diferencia entre la *necesidad* de los hechos históricos y su *fatalidad*, v. una observación acertada de Dalla Volta, loc. cit. pág. 127.

(2) Art. cit. pág. 149.

(3) *Por los métodos ¿es ciencia la historia?* (Rev. de Aragón, Junio, 1903, págs. 509-10). Aunque luego añade

cierto «especial procedimiento de observación científica», determinado por «la posición de los hechos que estudia»; y hasta afirma la existencia de una *historia* científica (1) ó estudiada con fines científicos, cuya característica es «transformar la impresión de contingencia», de accidente fortuito, que producen los hechos en el ánimo de quien los presencia, en *impresiones científicas* de hechos necesarios, que obedecen á ley, en relación constante con otros hechos ó causas. También reconoce Ribera que la Historia produce ciencia, aunque ella misma no lo fuese: lo cual es, en el fondo, reconocerla cualidades científicas, pues ninguna cosa puede producir lo que no lleva en sí misma de algún modo (2).

Ribera que, si esto se logra respecto de lo pasado, es «cabalmente por el estudio de lo que al presente nos rodea», este argumento no invalida la afirmación anterior, puesto que lo presente no es estático, sino dinámico y, por tanto, histórico.—Por otra parte, el hecho de que la historia se sirva de verdades y de procedimientos de la técnica común y de otras ciencias, no le quita valor, porque lo mismo les pasa á todas las demás ramas de conocimientos, cuyo trabazón é influencia recíproca son notorias.

(1) *Lo científico en la historia* (Rev. de Aragón, Diciembre 1903, págs. 366-7).

(2) *Las ilusiones científicas en la historia* (idem, Abril, págs. 326-7, 328 y 329). Milhaud, loc. cit., dice también: «Todavía se discute la cuestión de si la Historia es ciencia, de si la psicología es ciencia, de si la Sociología es ciencia; pero nadie duda que, con motivo del más ligero problema histórico, del detalle psíquico más concreto, de un hecho social cualquiera, cabe hacer obra científica.»

3.—Por último, tenemos el grupo de los que afirman resuelta y absolutamente el carácter científico de la historia. Claro es, que no todos se apoyan en iguales argumentos, ni ven aquella cualidad desde el mismo punto de vista.

Para Mortet, la historia es (con todas las limitaciones apuntadas) una ciencia experimental, que emplea los métodos de las así llamadas (1); para Buckle era ciencia exacta, basada en la estadística; para Xénopol es una ciencia especial, la ciencia de los hechos sucesivos ó de repetición diferenciada, cuyo procedimiento lógico no es el de inducción ó deducción, sino el de inferencia (determinación de la existencia de un hecho probado por otro probado); para Lacombe tiene por fin estudiar las instituciones (deducidas de la observación de las semejanzas de los hechos) y los acontecimientos (hechos singulares ó desemejantes) en cuanto producen una institución nueva, é investigar las causas de los hechos por medio de la psicología, que ofrece un criterio constante (2); para Richard, como para Kant, no es posible «considerar una parte de los fenómenos, los fenómenos humanos y sociales, como sustraídos á la ciencia» y como distintos, en punto á su estudio, de los hechos naturales (3); para

(1) Art. citado, 123-125-26-133.

(2) *De l'histoire considérée comme science*. París, 1894.

(3) Ob. cit., pág. 370. V. la nota de la página 125.

Rickert, en fin (1), la historia es ciencia que tiene por objeto reconstituir los sucesos reales y que formula juicios y conceptos, si bien entra en ella, también, un elemento imaginativo que debe tenerse muy en cuenta.

En fin, conviene hacer constar que aun aquellos que niegan á la historia un carácter científico ó se lo conceden sólo en parte, están muy lejos de relegar aquel estudio al rango de los inútiles, superficiales ó estériles, como hacen algunos escépticos. Las declaraciones de Croce (que además, prueba el movimiento andando, pues es un excelente historiador) (2), de Ribe-

(1) *Greuzen der naturwissens. Begriffsbild; Les quatre modes de l'«Universel» en histoire* (*Rev. de Synthèse*, Abril 1901); nota crítica del libro de Xénopol (en *Historische zeitsch.*, 1901, I, 465-470).—V. también, Lacombe, *L'histoire comme science, á propos d'un article de M. Rickert*. (*Rev. de Synthèse*, Agosto, 1901).—No hay para qué decir que aquí no se mencionan más que algunos autores recientes y, por excepción, á Buckle, por su importancia excepcional. Para los de fechas anteriores, V. *La enseñanza de la Historia, De Historia y Arte*; el conocido libro de Flint sobre La Filosofía de la historia en Francia y en Alemania (hay trad. española en parte), el *Lehrbuch* de Bernheim, última edición (1903), riquísimo en bibliografía y el *Repertoire méthodique pour la synthèse historique* (année 1901), publicado por H. Berr (París, 1903). Para seguir la bibliografía de ésta y las demás cuestiones generales de la Historia, es buena guía la citada *Rev. de Synthèse historique*. Prescindimos de exponer los datos referentes á los autores que, sin desarrollar una teoría especial de la Historia, la incluyen en sus clasificaciones de las ciencias, v. gr., Wundt.

(2) V. su art. citado de la *Rev. de Synthèse*, páginas 264-265.

ra (1) y de Mortet (2), por no citar más, son terminantes á este propósito.

Ahora bien; ¿qué consecuencia puede sacarse de todo lo expuesto y del análisis de las diferentes cuestiones que entraña el problema de la cualidad científica de la Historia, para la resolución de éste?

A mi entender, la consecuencia principal es esta: que en el estado actual de los conocimientos referentes á todas estas cuestiones, y de la opinión de los hombres de ciencia respecto de las mismas, carecen de firmeza bastante los argumentos empleados para negar el carácter de ciencia á la Historia, ya porque el concepto general de ciencia permite hoy plantear el problema en sentido distinto del aristotélico, ya porque no es tan seguro como generalmente se cree que la Historia sea pura observación de los hechos *individuales*, que se traduce en una narración sin generalización alguna (más ó menos abstracta), en la cual cada hecho conserva su característica diferencial y sólo á título de ésta es mencionado.

Para mí, particularmente, lo esencial del problema no está, sin embargo, en que el conoci-

(1) *Por los métodos ¿es ciencia la historia?* (Rev. de Aragón, Junio 1903, págs. 510-11).

(2) Art. cit. pág. 141.

miento histórico sé conforme ó no con la definición aristotélica de la ciencia y sea susceptible de abstracciones más ó menos amplias, sino en que pueda alcanzar aquéllas cualidades de verdad, certeza y evidencia que separan el conocer científico del vulgar. Si al organismo ó al orden de conocimientos verdaderos, ciertos y evidentes que tienen por objeto los hechos de la humanidad en el espacio y en el tiempo (y que reciben de ese objeto su propia unidad interna) se les quiere escatimar la cualidad de científicos, la cuestión será de puro nombre. Lo que importa es que nuestro saber de los hombres y de las sociedades de los tiempos pasados llegue á ser—mediante el riguroso empleo de los métodos críticos de investigación—tan seguro como el saber de los hechos naturales; aunque ni unos ni otros entreguen al observador, ni al experimentador, el total de su rico y (hoy por hoy, al menos) misterioso contenido.

Tal es, también, el sentido de Milhand, declarado explícitamente en dos párrafos que traduzco para cerrar el examen de esta cuestión.

«Renunciando á encontrarla (la nota esencial de la obra científica), todo lo estrictamente necesaria y general que es preciso, en la naturaleza de los objetos cuyo estudio sería propio y exclu-

sivo del sabio, ó en el género de los procedimientos exteriores en que se vería obligado á encerrarse, ó en el grado de coordinación á que pudiera llegar (leyes, teorías...), buscaremos más bien esa nota característica en la actitud, en las tendencias del espíritu que realiza la obra científica. Hállase, ante todo, en la persecución escrupulosa de una objetividad normal, en la desconfianza extrema de sí mismo, de sus sentidos, de sus opiniones, de sus prejuicios, de todo lo que lleva el riesgo de ser individual y subjetivo; en el esfuerzo de dar á todos sus procedimientos un aire tal que todo otro sujeto, al repetirlos, se vea llevado á formular las mismas afirmaciones; en la tendencia de todo lo que en nosotros piensa, juzga, siente, quiere, á librarse de las circunstancias individuales y excepcionales, y á no buscar sino razones de creer tan universales, tan normales, tan humanas, que todo hombre de espíritu sano quede, por ellas, convencido; en la voluntad de alcanzar, en plena libertad de examen y con ayuda de la crítica más minuciosa, una verdad que contenga en sí misma su propia fuerza de persuasión y de expansión.»

Y, más adelante, en otros términos:

«Pero, sobre todo, debemos insistir en que la señal última de la ciencia no estriba en tal ó cual

de los aspectos que ha revestido, según el tiempo y el medio, sino que está esencialmente en el esfuerzo de quien, espontánea y libremente, orienta su alma hacia una visión objetiva de las cosas.»